

EL SIGLO XXI: EL RETO PARA LA CIUDAD COLOMBIANA.*

(Un contexto para pensar a Cali)

Por: Fernando Viviescas M.**

INTRODUCCIÓN.

Quizás el ámbito más escueto, y más revelador, para señalar (así sea de manera rápida) la problemática incidencia que el urbanismo como disciplina intelectual y, especialmente, como profesión ha tenido en la conformación de la realidad del país -y de paso formular una pregunta a la política, a las artes y a las ciencias sociales como conjunto- sea el escenario creado en este fin de siglo por los acercamientos y conversaciones de los diversos actores que buscan la paz.

Según un despacho de prensa¹, los voceros de un comando de milicias urbanas de Medellín consideraban que “el primer obstáculo para una eventual negociación (política del conflicto armado) radica en que el gobierno y concretamente la oficina del Alto Comisionado de Paz no han tenido en cuenta el conflicto urbano dentro de la agenda de paz ni han reconocido a los comandos como un actor político más en la confrontación”.

Aunque los encapuchados tenían razón, al remarcar como un impedimento importante para la consecución de la convivencia el desconocimiento en las negociaciones de problemas fundamentales de la sociedad colombiana, se equivocaban al señalar la ausencia de la ciudad y el silenciamiento de la problemática urbana sólo en los diez puntos de la propuesta del gobierno: tampoco se encontraban en el “decálogo” de las FARC, ni en los 100 puntos con ellas acordados en ese momento, ni se habían explicitado en los temarios del ELN para su Convención ni en las declaraciones de los autoproclamados “voceros de la sociedad civil” que lo acompañaban desde Maguncia. Tampoco, los paramilitares han tenido nunca un planteamiento en torno a ella.

Por lo demás, no son sólo los comandos urbanos los desconocidos en los parámetros que se han trazado los diversos actores para sus acuerdos. Al tenor de las veinticinco temáticas que se han ventilado, si consideramos también los cinco puntos del temario propuesto por el ELN -los únicos que introducen un refundido, abstracto y general “ordenamiento

* Texto leído en el Simposio **Pensar a Cali** (Contextos urbanos), organizado por la Facultad de Teatro del Instituto Departamental de Bellas Artes (Entidad Universitaria) en Cali, entre el 17 y el 19 de Noviembre de 1999. Casi siete años después de haber presentado estas páginas a la consideración de los asistentes al evento, he vuelto a leer su contenido, atendiendo la gentil invitación de sus organizadores, con el ánimo de “actualizarlo” pero he encontrado que todavía sus elementos centrales siguen siendo vigentes. Por ello, excepto por algunas pequeñas correcciones gramaticales y la eliminación del Exergo –que ya fue publicado en otra parte- lo vuelvo a exponer a la crítica tal como lo leí al final del siglo pasado.

** Arquitecto-urbanista, Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia, en la Maestría de Urbanismo de la Facultad de Artes, Bogotá.

¹. Cf.: “Las milicias quieren sumarse al proceso”, **El Tiempo**, enero 19 de 1999, pág. 8ª.

territorial” como objeto de análisis²- la discusión se ha venido desarrollando en una país que no tiene espacio o, más directamente, en uno donde la problemática espacial no ha producido ningún efecto en la conformación política, cultural, social y psicológica de sus habitantes y, en el cual, por lo tanto, los marcos de consideración de las demandas sociales y el campo de definición de reivindicaciones se hubiese mantenido en los mismos horizontes de hace cincuenta años. Como si esta sociedad no hubiese cambiado en lo más mínimo.

Paradójicamente, en los documentos que convocan a definir el futuro de esta sociedad, se desconoce la ciudad y, en esa voltereta, se desconoce al pueblo colombiano en lo que tiene como creador, como constructor, pues, de hecho, lo único significativo que como Nación hemos construido los colombianos en toda nuestra historia son las ciudades actuales.

Lo más relevante en términos simples, de tamaño, de magnitud bruta: más del 75% de la gente vive en ellas (entre 25 y 30 millones de seres humanos) y su actividad productiva responde por casi el 80% de la economía nacional; la sola Bogotá tiene más de 30.000 hectáreas construidas en 60 años y más de la mitad de ellas edificadas por los sectores más pobres³. Esto es, la “gran escala” realizada en un país donde todo se pretende levantar para el diario, para la obtención de rendimientos inmediatos y fáciles, sin riesgos, donde todo, por tanto, es pequeño: la economía y la universidad, la infraestructura vial y el presupuesto para la ciencia y la tecnología.

Pero también lo más trascendental en términos referenciales superiores de la existencia: la cultura, la política, el conocimiento, lo cosmopolita. La ciudad colombiana, la que ha levantado la gente sin apoyo, sin legislación, sin referencia formal ni estética de los sectores dominantes (ni de los contestatarios) es la dinámica social que nos ha obligado a salir del triste y limitado campo de “nuestras tradiciones culturales” para buscar en el mundo, más allá de las fronteras patrias, cómo son y cómo piensan los hombres y mujeres del fin de siglo. Por la ciudad nos hemos dado cuenta de lo limitado de nuestro pensamiento filosófico y político, de nuestro atraso en la consideración del arte (García Márquez y Botero no sólo son excepcionales sino que se tuvieron que hacer en otra parte), de lo limitado de nuestro “pensamiento científico” (Llinás y Patarroyo son ellos solos), de la ignorancia absoluta sobre nuestro patrimonio ambiental y sobre la responsabilidad social y política que ello implica con el mundo.

Adicionalmente, es la ciudad la institución histórico-social que ha logrado producir un nuevo ser colombiano, esto es, hombres y mujeres con referentes existenciales contemporáneos y por ella se ha hecho evidente la necesidad de darles el estatus correspondiente a las relaciones que civilizadamente se tienen que establecer entre ellos. Por la ciudad, ahora, se ha dilucidado que no somos “la democracia más estable del

² . Ibidem.

³ . “...El área ocupada por los núcleos urbanos en la región (de la Sabana) ha sido estimada en 51.000 hectáreas para 1998. De esta área corresponden a Santa Fe de Bogotá aproximadamente 31.000 hectáreas y 18.000 hectáreas a los 19 municipios restantes de la región...” Cfr. : Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá (1999) **Plan de Ordenamiento Territorial -POT-** Documento Técnico de Soporte. Versión para revisar, Departamento Administrativo de Planeación Distrital. Pp. 27.

continente”, como han sostenido desde siempre los sectores más reaccionarios del establecimiento y que, contrariamente a lo que sostienen las FARC en el quinto punto de su temario inicial, no tenemos ningunas “tradiciones democráticas” en qué apoyarnos para crear una nueva forma de vida.

Sin embargo, en todas esas agendas se desconoce la ciudad como continente físico actual y futuro de la existencia de la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de éste país y se le ignora, lo cual es mucho más grave, como dimensión cultural y política que determina la forma de vivir, esto es, de pensar, de sentir, de mirar y de considerar las relaciones que ellos y ellas establecen entre sí mismos y con la naturaleza, con las maneras de gobernar, de administrar y ejercer el poder, y con las formas de expresión creativas (arte y ciencia) y políticas.

1. Una aproximación a la historia de la ignorancia de la ciudad

Por paradójico que parezca, esta ignorancia es el resultado lógico en un país en el cual ninguno de sus estamentos ha logrado desarrollar una conciencia -muchísimo menos una cultura- con respecto al hecho más trascendental que ha marcado nuestro desarrollo histórico en este siglo: la configuración de la ciudad como el ámbito de existencia individual y colectiva determinante

Como es obvio, dentro de ese contexto general una cuota muy importante de responsabilidad en ese olvido, o en este tipo de ignorancia, le cabe a las disciplinas académicas y profesionales que de una u otra manera han debido abocarse a dilucidar los componentes estructurales que sostuvieron y llevaron a cabo lo que se ha dado en simplificar como el paso de una sociedad rural a una físicamente urbana en el transcurso del último medio siglo, con el cual se caracteriza a la Colombia del siglo XX.

Hablamos en plural de aquellos campos del conocimiento porque un fenómeno de la trascendencia de la ciudad colombiana, por fuerza, tendría que haber concitado el interés en principio de la totalidad de las ciencias sociales en tanto la incidencia de su ocurrencia y consolidación ha afectado todos los niveles de la sociedad como conjunto y de los colombianos y colombianas en tanto que individuos. No sola ni exclusivamente por las circunstancias particulares que han enmarcado ese desarrollo: en especial la violencia, sino por lo que como evento realmente transformador introduce en el orden social.

La Ciudad recrea formas de concepción, de comportamiento y de interrelación que afectan en sentidos múltiples tanto el inconsciente de las personas como, al mismo tiempo, la estructura económica del conjunto de la sociedad. Con respecto a los tipos de determinación del entorno rural, crea una espacialidad y una temporalidad que transforma tanto la manera de soñar como la de imaginar horizontes colectivos. Es por ello que la ciudad, tradicionalmente en el marco de la modernidad, ha sido el objeto de la literatura pero también de la filosofía⁴, la psicología⁵, la antropología y, por supuesto, la economía.

⁴ . Cfr.: Zarone, Giuseppe (1993), **Metafísica de la ciudad**: encanto utópico y desencanto metropolitano, Pretextos, Universidad de Murcia, España. También: Ansay, Pierre y Schoonbrodt, René (1989), **Penser la Ville** (Choix de textes philosophiques), Aux Archives d'Architecture Moderne (AAM), Bruselas, Bélgica;

Sin embargo, en Colombia ello no ha sido así. Acá ha imperado una enorme ceguera de las disciplinas del análisis y de la interpretación de los fenómenos ontológicos y sociales no sólo para abocar el estudio de los fenómenos psicológicos, sociales, antropológicos que la Ciudad, en su aparición y conformación, ha ido produciendo en los colombianos sino para captarla y pensarla en su dimensión fundamental y trascendental: como hecho contundente y definitorio de la forma del ser colombiano y como parte de uno de los fenómenos fundamentales del ser de la humanidad hacia el tercer milenio: el mundo en urbanización en el marco de la mundialización de la economía y la globalización de la cultura⁶.

Esa ignorancia por parte del pensamiento dejó el proceso de desarrollo urbano, y el de la conformación de la vida ciudadana y citadina, en manos de la mera especulación tanto profesional como económica. La investigación, el estudio sistemático y el análisis crítico cedieron el espacio urbano en conformación al mundo especulativo de la consultoría, la asesoría y la planeación urbana tecnocrática, el cual, en una alianza mortal con el clientelismo y la corrupción política, y la especulación inmobiliaria y la industria de la construcción, “modeló” el horror de urbe con la que nos encontramos en la última década.

La ausencia de reflexión y de investigación determinaría que el tipo de urbanismo que desde la década del cuarenta “acompañó” al inicio y consolidación de las ciudades colombianas fuera limitado tanto en su concepción como en sus alcances. Nuestros centros urbanos fueron construidos por un poder terrateniente que -conformado sobre la tradición, de un lado y, del otro, sobre el oportunismo, la viveza y la especulación- articuló a lo más conservador de la política para legislar el desarrollo urbano sin más horizontes que la potenciación de la plusvalía y su concentración en los dueños del suelo, con el aval tecnocrático de una planeación urbana y una ingeniería que apenas atendían a la racionalidad de un mercado que la urbanización había encumbrado como un enorme potencial de enriquecimiento personal y grupal⁷.

Aquel trípode fatal se adueñó del trabajo en la ciudad y desde el principio le asignó el carácter de marginal a todos los intentos que se hicieron por darle un sentido de humanidad: de imaginación, de creatividad, de buen vivir, de democratización, de participación, al

Les Cahiers de Philosophie No. 17 (Le Philosophe dans la Cité), Invierno 1993-94, Lille, Francia y Kasinitz, Philip (De) (1995) **Metropolis Center and symbol of our times**, New York University Press, New York, USA.

⁵ . Cfr.: Mitscherlich, Alexander (1997) **Tesis sobre la ciudad del futuro**, Alianza Universidad, Madrid, España. Más recientemente, entre mucha bibliografía, ver: Carter, Paul (2002) **Repressed Spaces: the potics of agoraphobia**, Reaktion Books, Great Britain.

⁶ . Cfr.: Habermas, Jürgen (1998), “Nuestro breve siglo” en Revista **Letra Internacional** No. 58 (septiembre-octubre), Madrid, España.

⁷ . Para mirar la proyección que puede alcanzar esta reflexión en el ámbito académico, y en el político, remito al lector y a la lectora a un artículo anterior, del cual he extraído estas páginas. Cfr. : Viviescas Monsalve, Fernando (1999) “La ciudad colombiana o del Urbanismo en busca del pensamiento (Notas para una investigación necesaria)”. En **Revista de Estudios sociales -RES-** No.4 (Agosto), Universidad de los Andes y Fundación Social, Bogotá. Pp. 72.

pujante proceso urbano y no permitió que la ciudad dejara de ser considerado un fenómeno económico -el más rendidor de todos- para configurar un referente político-cultural para la Colombia que tan dramáticamente pretendía saldar las cuentas con el siglo XIX y que no tenía más que la ciudad, y la vida civilista que ella entrañaba, para instalarse coherentemente en el siglo XX.

Esta ideología sigue funcionando especialmente en las esferas del poder. Para discutir una convocatoria que hacía el Consejo Nacional de Planeación Participativa, el editorialista de un prestigioso diario “argumentaba” hace menos de dos años: “Bogotá, y las demás ciudades colombianas, necesitan un diseño urbano, un Departamento de Planeación estructurado de manera científica, compuesto por hombres sabios, expertos urbanistas con la autoridad suficiente para que sus disposiciones no se conviertan en letra muerta.” y se preguntaba: “¿Por qué motivo se invita a los ciudadanos a imaginar cómo será la ciudad del año 2019?” para contestarse enseguida, reafirmando el convencimiento de las élites colombianas de que quienes no pertenecen a ellas se mueven sólo en el ámbito de la incapacidad intelectual y mental: “No nos lo explicamos. Porque, tomando el caso específico de Bogotá, si la gran mayoría de los ciudadanos ni siquiera saben cómo es la ciudad de 1997, mucho menos podrán imaginar cómo será dentro de veintidós años...”⁸

Es así como se ha ido constituyendo el principal reto que para los colombianos nos presenta el siglo XXI, el cual no es otra cosa que la superación de una enorme carencia que nos dejó el XX: la ausencia del reconocimiento y del despliegue de la capacidad de pensar de todos los hombres y mujeres que compartimos a Colombia.

2. El XX, un siglo perdido en Colombia.

Esa es nuestra carencia fundamental y pervive debido a que hemos transcurrido, la última centuria, ligados demasiado fuerte al siglo XIX y en algunos aspectos, como el de la propiedad y explotación de la tierra, a siglos anteriores. Llegamos muy tarde, y muy débilmente dotados en lo cultural, en lo político y en lo intelectual, a asumir que debíamos abocarnos a la construcción consciente de nuestra sociedad. Apenas en 1991 empezamos a darnos cuenta que debíamos utilizar los elementos que ha creado la humanidad, y los que ella requiera, para ponerlos al servicio de la conformación de un marco civilizado en el cual nosotros podamos ser.

Es por esa preeminencia de simplismo conservador que vamos a tener que resolver nuestro siglo XX muy rápidamente en el XXI, si queremos alcanzar algún día a la historia de la civilización y de la cultura democrática. En efecto, con la redacción de la Constitución Política al inicio de la década del noventa terminó el largo y penoso camino -iniciado también tardíamente en 1930 con la Revolución en Marcha y continuado y sostenido por el proceso de urbanización que nos convirtió en un país de ciudades- que en medio de la barbarie de la violencia, y de la mano de la búsqueda de nuestra modernidad, nos permitió llegar al Siglo XX... pero cuando éste ya había pasado: cuando ya había empezado el siglo XXI.

⁸. Cfr.: “La ciudad de hoy y de mañana” en **El Tiempo**, editorial del 14 de agosto de 1997. Pág. 4ª.

Por ello es necesario que ahondemos, así sea por un momento, en el significado de este desfase nuestro con la cronología cultural y política del mundo. “...El rostro de un siglo va tomando forma por la irrupción de grandes acontecimientos. Entre los historiadores que todavía están dispuestos a pensar grandes unidades existe hoy un consenso : al <<largo>> siglo XIX (1789-1914) le ha sucedido un <<breve>> siglo XX (1914-1989). El comienzo de la Primera Guerra Mundial y el desmoronamiento de la Unión Soviética dan el marco a este antagonismo que atraviesa dos guerras mundiales y la guerra fría...”⁹ En ese contexto, la astenia mental y cultural colombiana, nuestra incapacidad política y analítica para identificar las verdaderas significaciones de fenómenos trascendentales, como nuestra urbanización, no sería una actitud inocua: por ella, es posible que nos hayamos quedado sin siglo XX o, más exactamente, lo tengamos que desarrollar en el XXI.

Especialmente, si por Siglo XX entendemos la asunción de la referencia de la modernidad; la extensión y complejización de la Democracia; la configuración de una relación positiva, incluyente y potente con las gentes y con su cultura; responsable con la naturaleza y creativa con la ciencia y con la tecnología. Si por siglo XX asumimos la gran diversidad de las expresiones pictóricas o las grandes transformaciones que se dan en la arquitectura, la pintura y la escultura, y en la música.

Si el fin del segundo milenio tiene todas esas connotaciones, entonces los colombianos tendríamos que hacernos muy seriamente la pregunta sobre ¿cuándo empezó en Colombia el siglo XX?

Si por la conciencia de época del Siglo XX se han llegado a alentar las esperanzas de “...que el sentimiento de la vida de la nueva generación ya no está dominada hasta tal grado por la angustia de sentir que las amenazadoras catástrofes (las guerras mundiales) son la inevitable prosecución de la trama de la historia universal ; que los hombres pueden aprender a convivir incluso con los potentes medios de dominio de que disponen para su mutua destrucción, y que el camino hacia el futuro permanece abierto gracias a una sobria evaluación de las realidades y a una actitud positiva ante los compromisos razonables...”¹⁰ y, en cambio, en Colombia “avanzamos” en la aplicación del ingenio para encontrar la forma en la cual un cilindro de gas pueda convertirse en una pavorosa bomba o en la utilización de los “carro-bombas” (también las “bici-bombas” y hasta los “burro-bombas”) para sembrar el terror de la gente desarmada. Entonces ¿cómo pasó el siglo XX por Colombia? ¿Si pasó realmente?

Tenemos que hacernos estas preguntas porque vemos cotidianamente –de manera masiva en nuestras ciudades- los efectos de que la mayoría de la población viva alrededor de la

⁹ . Cfr. : Habermas, J. ;1998 : 6.

¹⁰ . Aunque Hans-Georg Gadamer difiere de Habermas en las fechas, y los acontecimientos, que marcan el inicio del Siglo XIX -pues sostiene que se inaugura con la muerte de Hegel, en 1831, y la de Goethe, en 1832- coincide, en cambio, totalmente en la significación del la Primera Guerra Mundial como punto de partida del XX. Cfr. : Gadamer, H.G. (1992) “Los fundamentos filosóficos del siglo XX”, en Vattimo, Gianni (Comp.) **La secularización de la Filosofía, Hermenéutica y posmodernidad**, Editorial Gedisa, Barcelona, España. Pp.: 89.

línea de pobreza o por debajo de ella. Observamos que mucha gente puede transportarse en el Metro de Medellín y allí va en el siglo XX -aunque también entro en funcionamiento apenas en 1995- pero al descender del vagón se encamina a unos barrios, y a unas casas, cuyas condiciones de habitabilidad bien pueden estar todavía en el siglo XIX. Que las mujeres adquirieron el derecho al voto apenas en 1957, y que sólo en la década de los setenta alcanzaron la posibilidad de negociar jurídicamente su patrimonio; que, por lo demás, aún obtienen menor remuneración que los hombres por desempeñar las mismas tareas y que ello es aceptado y justificado, “explicado” de manera generalizada (incluso de forma inconsciente) por su condición de mujeres.

Ante estas y muchas otras circunstancias desastrosas, es de temer que la respuesta a la pregunta: ¿cómo fue el Siglo XX en Colombia? tenga que estar dirigida a señalar que no nos dimos cuenta de su paso; que ignoramos su presencia y nunca entendimos sus requerimientos culturales y políticos.

Y, en consecuencia, tengamos que empezar a considerar que la tarea de enfrentar el Tercer Milenio tenga que ser abocada por los hombres y mujeres colombianos de manera más consciente y decidida, y con gran consideración de la premura con la que habría que afrontar su formulación, so pena de dejar a esta sociedad en camino de su lenta disolución. Que asumamos por fin la construcción de nuestra modernidad cuya formulación más acabada -en la propuesta de la Revolución en Marcha (1934-1945)- abandonamos a la represión y que, como resultado, aún hoy nos presenta el fenómeno de expulsar a la gente del campo, y de generalizar la masacre, por mantener dominantes unas formas de tenencia de la tierra aferradas al siglo XIX.

Hemos de asumir que la formulación individual y colectiva del proyecto de sociedad que requerimos es, ante todo, una apuesta del pensamiento, del estudio, del análisis, de la reflexión, del despliegue sistemático de la imaginación. Dado que la sociedad no es evidente ni unívoca sino compleja y diversa, la pretensión de refundarla y de fijar los parámetros, y desarrollar las condiciones, para su desenvolvimiento solo puede presentarse como movimiento constitutivo y constituyente de un proceso de auscultación, de crítica y de búsqueda de perspectivas de las maneras como debemos establecer los marcos de relacionamientos entre la ciudadanía y el poder, y las formas de organización, y las de producción, de distribución y de consumo, así como con las de crear y expresarnos cultural y políticamente.

Para ello se requiere con urgencia la refundación, modernización y, sobre todo, la democratización del espacio público, tanto en su entorno físico: su extensión y cualificación, como en lo que respecta a su reivindicación y ejercicio como hábito del intercambio del pensar, del lenguaje, de la palabra..

3. El espacio público en el reconocimiento del pensar o de la fundación de la autoestima ciudadana.

Espacios públicos de encuentro de -y para la fundación de- la ciudadanía. Pues hay dos aspectos que son concomitantes al propósito de construir La Ciudad (vale decir: la sociedad) de manera consciente y colectiva, los cuales tienen que formarse en el proceso

mismo de asunción y desarrollo de esa apuesta político-cultural : 1. la identificación del otro, de la diferencia, como parte fundamental de la conformación de la sociedad civil misma, en la construcción de la participación ciudadana y 2. el reconocimiento de la complejidad de la sociedad y de su construcción, y ambos, además de ser retos del pensamiento, tienen que fundarse y desarrollarse en el encuentro de las personas, en la conversación, en la discusión, en el intercambio de visiones y de propuestas, esto es, en el espacio público y en el despliegue de la libertad de pensamiento y de palabra.

La construcción de una sociedad es una cuestión compleja y, por ello, asumirla como una tarea tiene como prerequisite el reconocimiento de la necesidad de pensarla, es decir, que el pensamiento y el ejercicio de pensar no sólo sea posible sino que su despliegue debe configurarse en parte concomitante del desarrollo personal y colectivo, de la cotidianidad y de la proyección cultural de quienes conforman dicho conglomerado social.

Contribuir a consolidar esta estrategia en Colombia constituye una verdadera revolución cultural. Reconocer y asumir que en Colombia todos los hombres y todas las mujeres podemos pensar constituye un rompimiento de significaciones trascendentales, en lo fundamental, porque nuestras relaciones con el pensamiento han estado guiadas por limitaciones conceptuales y existenciales tan grandes que no sólo se han convertido en una de las principales formas de sustentación y reproducción de la exclusión y de la discriminación violentas que dominan nuestro entorno cultural, sino que, incluso, es común la difusión de la ridícula e insultante idea de que pueda existir un personaje cuyo oficio es “poner a pensar a los colombianos”.

En gran medida nuestra dificultad para acceder a la modernidad, a la democracia, al respeto por la diferencia, a la racionalidad de la ciencia y a la diversidad del arte y, por supuesto, al descubrimiento del requerimiento de la inevitabilidad de la construcción de la sociedad para poder ser, esto es, lo que nos impidió entender y asumir el Siglo XX, fue esta pobre relación con el pensamiento y con el ejercicio del pensar.

Ya que es en el reconocimiento de mi capacidad de pensar -y de reconocerla en los demás- donde se soporta la posibilidad de ver en el otro y en la otra a un ser humano igual a mí ; es en el reconocimiento de nuestra capacidad de imaginar y de reflexionar -de nosotros y de nuestros interlocutores- donde se basa la posibilidad de ser humanidad y donde se soporta la eventualidad (pues siempre es histórica) de abocarnos a construir nuestros entornos de existencia creativa. Es ahí donde yo asumo al otro como igual, justamente, porque tiene una forma de concebir el mundo y de referenciar los infinitos problemas -de pensar- distinta a la mía. Lo re-conozco como humanidad porque entiendo que le puedo exponer mis pensamientos con la absoluta seguridad de que esas reflexiones van a poder ser pensados por él o por ella, de la misma manera como yo someto (soy capaz de someter) a juicio los suyos. Porque reconozco en el otro la capacidad de hacer las mismas cosas que hago yo en tanto que ser humano, es decir, en tanto que capaz de pensamiento.

Acá es donde se abre la posibilidad de la construcción de la solidaridad y se le da un piso sólido a la cualificación de la existencia mediante la participación ciudadana, la cual para ser efectiva y creativa debe ser consciente, calificada, esto es, ilustrada, deliberativa, construida en un medio de discusión y crítica.

En Colombia no hemos construido una cultura de la conversación, de la deliberación, y por ello vivimos matándonos unos a otros, aún sin conocernos. Y tan lejos de la democracia pues ésta es, en lo fundamental, conversación. De acuerdo con Hannah Arendt : “Sólo la pura violencia es muda, razón por la que nunca puede ser grande.” Y refiriéndose un poco más adelante a la polis griega la llama “el más charlatán de todos los cuerpos políticos”, pues “[s]er político, vivir en una polis, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión y no con la fuerza y la violencia. Para el modo de pensar griego, obligar a las personas por medio de la violencia, mandar en vez de persuadir, eran formas prepolíticas para tratar con la gente cuya existencia estaba al margen de la polis, del hogar y de la vida familiar...”¹¹

Si seguimos a Kant, encontraremos que una de los grandes retos que se nos plantean al reconocer la capacidad de reflexionar que, como yo, tienen todos los demás seres humanos, es el de ser capaces de ponernos en el lugar del otro, es decir, del que piensa diferente, del que elabora distinto, del que construye el universo de una manera diversa a la mía. No necesariamente para ponernos de acuerdo sino para construir un ámbito en el cual, pensando diferente, podamos vivir conjuntamente sin destruirnos y sin destruir el entorno material y cultural en el cual nos encontramos. La conversación, en ese sentido es un trabajo de investigación colectivo

Por ello es tan fundamental contribuir a fundamentar la autoestima sobre la base de que todos podemos leer, por lo tanto de escribir; de preguntarnos cuestiones fundamentales, de imaginar cosas nuevas: mundos distintos y mejores a este de exclusión y de barbarie que propugnamos por superar, incorporando el ejercicio del pensar de forma inherente a la manera cotidiana de existir.

Así el ejercicio del espacio público contribuiría a la superación de otra de nuestras grandes falencias: el predominio de la simplicidad y del facilismo; a desarrollar la gran crítica que inició Estanislao Zuleta con su “Elogio de la dificultad”¹².

4. La terrible dominación del simplismo.

Tenemos muy poca capacidad de manejar el conflicto y por ello estamos muy poco dotados para crear y desarrollar la dimensión de la sociedad que es en esencia compleja. Todo lo queremos arreglar de un día para otro: esperamos que se nos arregle solo o, mejor, que nos lo arreglen otros. En gran medida por la inercia que genera la naturalización y la extensión de esta actitud, cuando se nos presenta un conflicto serio nuestra tendencia no nos lleva a afrontarlo de manera creativa, a arriesgarnos a comprenderlo y a vivirlo como un reto para el pensamiento y la inteligencia, sino que, muy rápidamente, optamos por lo más simple : ignorar o a minimizar su presencia o eliminar la existencia de quienes a nuestro entender lo crean o representan. Y, en cuanto se puede, se le suprime o bien por la vía simbólica -por

¹¹ . Cfr. : Arendt, Hannah (1993) **La condición humana**, Ediciones Paidós, Barcelona, España. Pp.40.

¹² . Zuleta, Estanislao (1994) **Elogio de la dificultad y otros ensayos**, Fundación Estanislao Zuleta, Cali. Pps. 9-16.

ejemplo: dejando de hablarle al contrincante- o bien de manera material, que es lo que se ha venido generalizando a medida que la complejidad de Colombia se va haciendo ineludible.

En Colombia no se ha legitimado socialmente la utilización de la inteligencia ni de la experiencia ni del conocimiento para asumir la complejidad de la existencia. Este es uno de los retos que tenemos que superar si queremos refundar las ciudades y con ello construir el modelo de sociedad que apenas nos quedó bosquejado a finales del siglo XX, en la Constitución de 1991.

Afrontar la complejidad: asumir que el mundo es complejo, que el ser es complejo y que la complejidad es el signo fundamental de la existencia.

Darnos cuenta de que no hay nada fundamental que sea sencillo y que ni siquiera es deseable que así suceda. Convencernos que podemos resolver positivamente todos nuestros problemas, pero que para lograrlo efectivamente tenemos que plantearnoslos en toda su dimensión compleja y no, como ocurre casi siempre, tratando de minimizar su significado o sus alcances.

Esto no es de poca monta en un país en el cual ha devenido popular el dicho de que “sólo existen dos mandamientos: “el primero es no dar papaya y el segundo es comerse sin ninguna consideración toda la papaya que le den a uno”; y donde tiene aceptación !y éxito social! el ser abusivo¹³. Al contrario, asumir la complejidad es trascendental en una sociedad donde, por la preeminencia de la simplicidad asumida como forma de vida, se ha llegado a entronizar la corrupción, el narcotráfico, la impunidad y la más extendida y vergonzosa violencia como formas de dirimir y/o “resolver” las problemáticas sociales, económicas y políticas.

Ahora bien, la asunción de todos estos retos -de la comprensión de la complejidad, del reconocimiento del otro, de la diversidad de las formas existencia y de la riqueza de las formas distintas de pensar ; de la necesidad de la solidaridad para la construcción consciente y responsable de la sociedad, como norte de nuestro proceder en el inicio del próximo milenio- podría constituir lo que (sólo) en apariencia sería un formulación abstracta de deseos que sólo tendría una sustentación teórica (social y política) pero sin posibilidades de concreción: lo que los colombianos nos apresuramos siempre a descalificar como “una cartilla de (apenas) buenas intenciones, “tan inútil como un canto a la bandera”.

5. La refundación de la ciudad para superar la barbarie.

Existe, sin embargo, un hecho tangible, contundente, cuya asimilación cultural y política, como vimos al principio de estas líneas, hasta ahora se nos ha escabullido pero desde el cual -asimilando conscientemente su significación histórica : cultural y política- no sólo se les puede dar cuerpo (construirles condiciones de posibilidad) a estos anhelos sino que, potenciando sus alcances materiales y enriquecimiento intelectual, nos permitiría realizarlos

¹³ . En efecto, el “vivo”, el “avivato”, el ventajoso, el malicioso, no son más que personajes que se aprovechan de las debilidades, de los errores o de la indefensión de los demás, es decir, abusan.

y, de paso, concluir en el Siglo XXI el proyecto de país civilizado que apenas alcanzamos a pergeñar como proyecto en el XX.

Me refiero, a la **ciudad contemporánea** y a sus múltiples materializaciones en los distintos centros urbanos que ocupan nuestro territorio. Como es obvio ahí está Cali involucrada en un lugar preeminente..

La Ciudad es la más grande entidad socio-histórica demandante, por un lado, de pensamiento en la complejidad y, por otro, de construcción de sociedad. Si, como lo expone Castoriadis desde el discurso psicoanalítico, la Humanidad para poder serlo tiene que crear la sociedad¹⁴, la conformación planetaria de la metropolización de la existencia individual y colectiva hacia el próximo siglo estaría necesariamente ligada a la perentoriedad de una refundación de la sociedad contemporánea como concepto y como realidad, y nuestro proyecto colombiano, y caleño, haría parte, así, de una perspectiva que ha empezado a ser asumida por el conjunto del orbe.

Es en lo anterior en lo que encuentro razón par proponerles que se condensen todos los desafíos intelectuales, políticos y sociales que hemos mencionado como el reto fundamental de construir la ciudadanía: una cultura de la ciudad, una profundización de la experiencia urbana en una vivencia citadina para, desde ella, crear las condiciones para la comprensión e inclusión creativa de nuestra enorme diversidad cultural y para la refundación de nuestro territorio en una Nación acorde con los tiempos contemporáneos y de cara al mundo.

No lo propongo solamente por el sesgo de ser urbanista y arquitecto: es que necesitamos ser ciudadanos y ciudadanas de nuestras ciudades, como decía Walt Whitman. Y hemos de llamarla refundación porque las ciudades ya están construidas en su componente material: Bogotá es un hecho contundente; Barranquilla es una configuración tangible, Medellín y Cali también lo son; y Bucaramanga y Cartagena y Manizales y Pasto, etc., están liderando y determinando el ser de las regiones donde las ubicaron el accionar del cerebro y de las fuerzas de gran cantidad de gente durante muchísimos años.

Lo que no hemos construido todavía son los desarrollos espirituales, los fundamentos culturales y políticos que nos permitan establecer una coherencia de escala y de propósito con esa potencia enorme que hemos edificado en términos físicos. Y, lo que es más incidente aún, en gran medida, por no haber sido capaces de configurar esos marcos intelectual y ético nos hemos privado de la posibilidad de comprender los procedimientos, los procesos y las lógicas con las cuales hemos estado erigiendo aquella edificación¹⁵.

Por esta carencia hemos permitido que las formas tradicionales de dominación y de manejo sigan imponiendo su represión al despliegue de las nuevas formas de expresión, artística,

¹⁴ . “Hegel decía que el hombre es un animal enfermo. Hay que decir más: el hombre es un animal loco y radicalmente inepto para la vida. <<De donde>> -no como <<causa>> sino como condición de lo que es- la creación de la sociedad.” Cf.: Castoriadis, Cornelius (1993) “Lógica, imaginación, reflexión”. En Dorey, Roger (Et.al.) **El inconciente y la ciencia**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina. Pp.40.

¹⁵ . He iniciado un análisis en este sentido en una publicación anterior. Cfr. : Viviescas M., Fernando (1998) “El mundo en urbanización : la ciudad de camino al habla”. En **Ensayo & Error** Revista de pensamiento critico contemporáneo No.5 (Octubre), Bogotá. Pp. 246-263.

científica, cultural y política que necesariamente dinamiza la consolidación de la ciudad como forma de existencia preeminente tanto en el orden individual como en el colectivo. De otro lado, pero por la misma falencia, no hemos podido encontrar las maneras adecuadas para comprender y resolver las complejas transformaciones que ha tenido que experimentar nuestra sociedad para lograr desarrollar la enorme construcción física de la ciudad. Por ello hemos optado por entronizar la simplicidad como actitud generalizada frente a las inevitables problemáticas que se presentan en las sociedades de fin de milenio y es esa actitud la que nos mantiene en el estadio “pre-civilizador” de resolución de los conflictos: presas de la violencia.

En ese contexto, la refundación de la ciudad y la potenciación de la cultura y de la ética ciudadanas se conforman en le único horizonte cierto de salida de la barbarie que nos agobia y avergüenza, pues sobre ellas, y en su consolidación, se pueden edificar los soportes del movimiento cultural y político que nos permita reinterpretar de manera integral la complejidad, diversidad y riqueza de todo nuestro territorio y nos ubique de cara a la participación en el concierto de las naciones civilizadas.

6. La aglomeración citadina y la conformación de humanidad.

La ciudad y ciudadanía son la superación de la guerra y el referente obligado para la construcción de la paz porque ellas son por esencia el espacio de la complejidad, de la diversidad y, por ende, el espacio, el territorio por excelencia para asumir el conflicto como parte concomitante de la existencia cotidiana y de su proyección estratégica.

La ciudad es, en lo fundamental el proceso de aglomeración de gente que viene de otro lado y que por ello trae un pensamiento y unos intereses diversos. En eso consiste su diferencia de los pueblos y de las aldeas: la ciudad comienza cuando llega a instalarse el extranjero con sus pensamientos, costumbres y comportamientos extraños. La ciudad despierta cuando todas esas visiones empiezan a entremezclarse de manera imparable y frenética, configurando la gran aventura del despliegue creciente de la imaginación humana desbordada en el crisol de la aglomeración de hombres y mujeres.

Por ello, en Colombia lo que más se parece a una ciudad es Bogotá y esa diversidad de culturas que se debate en su cotidianidad, esa multitud variopinta que llena sus calles, es el soporte definitivo para mantenerla en el conjunto de las grandes metrópolis del mundo,

La gran riqueza que tiene Bogotá, lo que la hace fascinante es que la experiencia de vivirla se constituye en una de las más grandes aventuras existenciales que pueda tener cualquiera que llegue a ella con el ánimo de configurarse un lugar en el mundo. Dado que está sin acabar (las verdaderas ciudades siempre están en construcción) nuestra cotidianidad está siempre atravesada por una enorme demanda de despliegue de la imaginación y la creatividad, no sólo para superar los obstáculos que todavía atraviesa a la pretensión de alcanzar formas humanas y civilizadas de convivencia sino para proyectar de manera metropolitana todas las potencialidades que contiene aún en ciernes.

Aunque Bogotá es superlativa en esa fascinación, todas las demás grandes urbes colombianas: Barranquilla, Cartagena, Bucaramanga, Manizales, Pereira, etc., y sobretodo

Medellín y Cali (las cuales incluso han tenido que pagar con sangre -especialmente adolescente: en la década de los ochenta se acabó impunemente por el asesinato, la represión o la descomposición social a toda una generación de jóvenes- la pretensión ciudadana de abandonar por siempre una forma de vida parroquial) le acompañan en esa apertura del camino por el cual este país puede salir de su atraso provinciano y violento para empezar a atravesar las avenidas de la civilización mundial.

Todos esos centros poblacionales en la medida en que han devenido en ciudades se han ido constituyendo en un gran interrogante, en un reino de la incertidumbre, en unos enormes campos para la pregunta y la indagación. En eso consiste la fascinación que ejercen sobre la humanidad contemporánea : en ellas, nosotros, los hombres y las mujeres debemos estar siempre dispuestos a que nuestro cerebro, nuestras neuronas, nuestra capacidad de pensar - que es lo que nos diferencia de todos los demás seres vivos- estén siendo cuestionados, demandados¹⁶ ; ellas, en ese plano, en todo momento nos están requiriendo hacer ejercicio de nuestros ser hombres y mujeres contemporáneos para completarlas y maximizarlas como los sitios privilegiados del ser de la humanidad.

7. Pensar a Cali para refundar la sociedad colombiana.

Tenemos, pues, que leer a nuestras ciudades para recrearlas. Cali y todas las del país esperan que nos preguntemos por sus claves históricas y sus nexos con el mundo actual para que las refundemos como soporte de una forma de vida diferente y superior a la que nuestra inconsciencia (nuestra ignorancia) nos ha condenado hasta el fin del siglo pasado. Tal como necesitamos saber leer para poder ser, en las sociedades contemporáneas requerimos de auscultar la ciudad como conjunto complejo -no sólo el entorno inmediato que de ella nos pertenece- para fundamentar el soporte de nuestra apuesta de país hacia el futuro¹⁷ .

Es en esta dirección que les he propuesto la condensación de los retos venideros en la refundación de la ciudad y la ciudadanía. Que pongamos la academia, la ciencia y el arte, la literatura, el pensamiento, la imaginación, el espíritu y la energía al servicio de una causa común: construir una sociedad.

¹⁶ . “... el tipo del urbanita (que, naturalmente, se ve afectado por cientos de modificaciones individuales) se crea un órgano de defensa frente al desarraigo con el que le amenazan las corrientes y discrepancias de su medio ambiente externo: en lugar de con el sentimiento, reacciona frente a éstas en lo esencial con el entendimiento, para lo cual, el acrecentamiento de la consciencia, al igual que produjo la misma causa, procura la prerrogativa anímica...” Cf.: Simmel, George (1986) **El individuo y la libertad** Ensayos de crítica de la cultura (Las grandes urbes y la vida del espíritu), Ediciones Península, Barcelona, España. Pp. 248.

¹⁷ Sólo un ejemplo para ilustrar la facilidad de comprensión que da la percepción de la complejidad. Cuando asumamos que la ciudad tiene sus propias convenciones para facilitar la convivencia y que, por ejemplo, los colores del semáforo no son simples desafíos cromáticos a nuestras “inteligencia” y “valentía” sino códigos universales que facilitan el ejercicio del derecho a cruzar la calle (sin ser atropellados) que tenemos todas las personas : cuando seamos capaces de introyectar esto porque lo hemos asumido de manera “natural” en nuestra existencia cotidiana, habremos alcanzado un estado superior de la ciudadanía.

Abocarnos a ello no sólo en términos éticos sino también en términos racionales -es decir, ubicándola en el plano de lo consciente, como un problema de nuestra reflexión, de nuestro ingenio, de nuestra búsqueda, de nuestro pensar, por supuesto, de nuestro desear. Asumir como una tarea individual y colectiva la construcción de una nación, esa que el dominio de la imbecilidad y la violencia impidió que se realizara en el siglo XX.

Construir un ámbito de relacionamiento social civilizado y complejo donde también quepa la ternura y donde el amor y la amistad sean elementos constituyentes de ese contexto conflictivo y donde el conocimiento, la reflexión, la poesía, la creación, la imaginación, la literatura sean elementos con los cuales nosotros adornamos, esto es, complejizamos nuestras relaciones internas, nuestras relaciones con la naturaleza, nuestras relaciones con las formas de expresión política y artística, nuestras relaciones con las formas de gobernar, nuestras relaciones con las formas de producir, con las formas de distribuir,

Hoy, como nos lo recuerda con sus aprehensiones y alusiones el mundo, somos el país más violento del orbe y, por ello, no somos una nación confiable (ni viable). No podemos ser considerados una sociedad cuando, “liderados” por nuestra dirigencia (política y económica), hemos venido naturalizando el hecho de que nos matamos a “razón” de 70 por cada 1000.000 habitantes: tres veces más que el que nos sigue y diez más que el tercero en Latinoamérica¹⁸.

Ese es nuestro principal reto: construir una Ciudad en la cual ser colombiano del siglo XXI tenga un sentido; donde ser una muchacha de diez y ocho años tenga un horizonte distinto al de verse obligada a estar protegiéndose de los intentos de violación de todo el mundo: de sus padres, de sus patronos, de sus compañeros de trabajo o estudio; donde ser un muchacho de catorce años tenga un significado diferente a ser escamoteado y estigmatizado cuando se plantea un futuro alejado de las armas. Una Ciudad para una Nación en la cual la violación y posterior estrangulamiento de una niña de nueve años en una estación de policía, en pleno centro de Bogotá, no sólo no quede impune sino que se convierta en -y sea vivida por todos y todas como- una tragedia nacional. Una Ciudad donde un loco no tenga que violar y asesinar a más ciento treinta niños antes de ser aprehendido. Una Ciudad para una Nación donde no se produzca ese tipo de locuras.

Bogotá-Cali, Noviembre 19 de 1999- Julio 2006.

¹⁸ . “Durante los últimos diez años, en Colombia se han registrado más de 250.000 muertes violentas: la tasa anual de homicidios ha sido de 70 por cada 100.000 habitantes. Esta violencia tiene la particularidad de descomponerse en varios “estratos” que se entrecruzan, como son el conflicto armado interno, la delincuencia común, los ajustes de cuentas cotidianos y los problemas intrafamiliares, según el libro El quinto : no matar del profesor Saul Franco”. Cfr. : **UN Periódico**, No. 4 (Noviembre 14 de 1999) Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá. Pp. 3.